

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en as librerías.)

Por un mes.....	4 reales.
Por tres id.....	11 »
Por un año.....	40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . .	15 reales.
Por seis id.	28 »
Por un año	30 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . .	30 »
ULTRAMAR.—Un año.	6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Acabo de descubrir el medio de alcanzar fama póstuma y renombre imperecedero, y no me canso de dar gracias á Dios por el favor señaladísimo que me dispensa, otorgándome, sin ningun esfuerzo mio, lo que muchos otros han solicitado inútilmente.

Busquen otros la gloria en profundas y nunca bien estimadas reflexiones acerca del alma humana; construyan el edificio de su futuro encumbramiento sobre la frágil base de penosas investigaciones sobre la manera de formarse el planeta tierra; funden estos sus risueñas esperanzas en el asíduo estudio de los grandes artistas; aspiren los otros á realizar livianas ilusiones produciendo obras de mérito sólido y real; ¿qué vale eso si se compara con el medio que yo fácilmente, y con la ayuda de la Providencia, he discurrido?

El medio—si la verdad ha de confesarse—no es absolutamente original; pero es infalible, y, bien que pocas veces empleado, nunca ha dejado de producir sorprendentes efectos, en prueba de lo cual podría yo aducir ahora testimonios históricos de todas las épocas y de todos los países; no lo hago, porque basta enunciar el pensamiento para convencer á todos de su eficacia.

El medio, pues, consiste sencillamente en procurar que mi nombre resulte—no importa cómo—asociado, unido íntimamente á un suceso importantísimo, de esos que—como dice un sábio—son á manera de piedras miliarias en la historia del género humano.

Ya en lo antiguo hubo quien destruyera el templo de Delfos con este propósito; ni faltó quien intentase dar muerte á Carlos I para alcanzar celebridad; y no de otro modo hubieran conseguido pasar á la generacion de hoy los nombres de Ravallac y Jacobo Clemente.

Repito que el cómo y el cuándo importa poco, y á buen seguro que nadie trate de zaherir á Balaam porque debe su justa fama únicamente á la locuacidad de su pollina, ni existe historiador tan severo que ponga en tela de juicio la gloria de Lot, debida, como todos sabemos, á los caprichos—si así puede decirse—de sus contemporáneos, y sobre todo á una ocurrencia no nada edificante de sus señoras hijas; ocurrencia que yo no me permito referir ahora por no escandalizar á los que pueden hallar curiosos pormenores del asunto en la Sagrada Biblia.

Expuesto ya mi pensamiento, fáltame sólo indicar cuál es el suceso á que pretendo asociarme, y bien mirado, hasta ese trabajo es inútil, pues bien se comprende que el acontecimiento más importante de la época presente es la caída del Soberano Pontífice.

En mármoles y en bronce deberían grabarse (no, y se probarán andando el tiempo) las últimas palabras del pontífice espirante, verdadero canto del cisne, si es lícito establecer comparaciones entre el Papa y el animal mencionado, como debe de serlo, ya que el mismísimo Espíritu Santo no se desdenna ni tiene á

ménos—que yo sepa—ser simbolizado por una paloma.

Digo, pues, que el cisne—esto es, el Papa—ha cantado, y su último canto será eterno; por eso me apresuro á comentarlo, por eso me empeño en que su elocuente palabra y mi nombre vayan unidos íntimamente: este será mi triunfo.

El vicario de Cristo, á Cristo imita, y si las últimas palabras del mártir han sido inagotable manantial de sermones, la orden del día de Pio IX ha de merecer mayores aplausos, como inspira en estos momentos admiración más justificada.

Palabras de amor al prójimo, frases de perdon, súplicas llenas de unción y de caridad brotaban de los labios de Jesús cuando moría entre los más horribles sufrimientos. Pio IX, el Pontífice destronado, abandona el sòlio, habla de injusticias enormes y de grandes sacrilegios. ¡Cuánto es más grande la energía varonil de Pio IX que la afeminada humildad de Jesucristo! Pero no es esto lo más notable del documento á que aludo; un párrafo hay en él que necesita conocer todo fiel cristiano para tener devoción; es el siguiente:

«Que en momentos en que Europa entera llora las innumerables víctimas que son consecuencia de una guerra entre dos grandes naciones, no pueda decirse nunca que el Vicario de Jesucristo ha consentido, aunque atacado injustamente, una grande efusion de sangre.»

Pensar que el Papa soberano ha escrito sin saber lo que escribía, como pudiera cualquier foliculario sin mitra, ni infalibilidad, ni nada, es locura: preciso es, por tanto, admitir que el antiguo francmason ha expuesto clara y terminantemente sus ideas. Que ellas son buenas no puede dudarse conocida la santidad de su procedencia: tenemos, pues, que Pio IX ha renunciado á la efusion de sangre, no porque el derramamiento de sangre humana repugne al espíritu caritativo y cristiano de Su Santidad, sino solo porque no pueda decirse que en este momento se prodigan los sacrificios de hombres en la ciudad sagrada.

¡Oh! Si los momentos fueran otros, muy otra hubiera sido tambien la conducta del Santo Padre.

Obsérvese además que el ex-rey de Roma no evita la efusion de sangre precisamente, sino solo la mucha efusion; es asunto de cantidad. Redúcese su intento á protestar, y para conseguirlo se contenta con una mortandad insignificante. Al fin y al cabo unos cuantos muertos y algunos centenares de heridos nunca estorban. Y buena envidia les tendrán los que salgan sanos y salvos de estas grescas; pues dicho se está que peleando por la causa del Papa—que es la de Dios mismo—no habrá muerto que no vaya sin gastos de viaje, ni exceso de peso, ni otras gabelas, á gozar del cielo é islas adyacentes por todos los siglos de los siglos.

El paso está dado: ya veo á través de estas frases mal pergeñadas mi nombre que vuela de lábio en lábio, y es tal el contento que en mi ánimo produce

esta felicidad inesperada, que ni aliento me queda para hablar de la guerra franco-prusiana, ni para recordar las serenatas democráticas, tan semejantes á las serenatas monárquicas que en igual día de cada año solian verificarse en otros tiempos en honra y gloria del esposo putativo de la que fué nuestra augusta reina.

Y ¿cómo he de hablar de crisis? ¿Cómo podría ocuparme en estudiar la marcha de la cuestion Rivero, ó el estado de la exposicion del ayuntamiento de Madrid, ó el desarrollo de la fiebre amarilla en Barcelona, ó cualquiera otra pequenez por el estilo?

¡Oh, no es posible! Permitásemme que por hoy los sonolientos ojos aparte con hastio de cosas fútiles, ya que al hablar de un asunto divino he engrandecido mi espíritu y consolidando mi celebridad futura he satisfecho mi amor propio.

A. Sanchez Perez.

EL MANIFIESTO UNIONISTA.

Lo lei. Agradezco á sus firmantes la cortesia de haberlo hecho llegar á mis manos, que más de una vez se pusieron trémulas durante la lectura, y aun me queda cierto no sé qué de las emociones, ora tristemente tiernas, ora ardientes y patrióticas, que experimenté durante aquel viaje intelectual de cuatro páginas.

El manifiesto me ha ilustrado la mente y movido el corazon; ¿qué más puedo decir en su elogio?

omne tullit punctum... etc.

En efecto, convengamos en ello: hora seria de salir de la interinidad, pero ¿por dónde?

¡Ay, firmantes de mis entrañas y del manifiesto! Si mañana en la Cámara se pusiera á votacion la república federativa, Vds. mismos votarían en contra, y preferirían á la república esa interinidad que califican de «cáncer político y social, fuente de desastres.»

Adviertan Vds. esto: Vds. prefieren un cáncer á una forma de gobierno que en otros países ha impedido y está impidiendo que «el absurdo reine en los dominios de la lógica, y la anarquía y la disolucion en el campo de los hechos sociales;» reinado que, segun dice el manifiesto, es para Vds. causa de tanto temor como para nosotros los federalistas.

Y, por otra parte, seamos claros: ¿qué español, qué partido tiene la culpa de que el candidato de Vds. no sea suficientemente simpático?

Yo no dudó de que sea una buena persona en toda la extension de la palabra; estoy dispuesto á creer que si en algun extravío hubiese incurrido antes de ahora, se hallará ya contrito y arrepentido de ello en estos momentos, y que en el atrevido supuesto de que llegase á subir al trono, se sentaría en él limpio de corazon y decidido á dar á los españoles toda la felicidad que fuese compatible con la suya propia; pero si á pesar de creerlo yo así, no han podido Vds., con el poderoso auxilio de Las Novedades, La Correspondencia, La Política y otros periódicos, encaminar las simpatías de España hácia su candidato, ¿qué remedio nos queda para salir de la interinidad á gusto de Vds.?

Temen los firmantes del manifiesto demasiado en ciertas materias y confían demasiado en otras.

Por ejemplo, temen que con la interinidad «el indiferentismo y el descreimiento se apoderen de los partidos.»

Yo no puedo permitir que vivan Vds. en un error que por fuerza ha de cubrir de luto sus corazones. No: el descreimiento, en vez de crecer con la interinidad, va menguando con ella, y apasiona por la república á muchos españoles que no tienen el honor de ser conocidos de Vds.; y con respecto á Vds. mismos, obsérvense bien y notarán con regocijo que cuanto más se prolonga el actual estado de cosas, ménos indiferentes se muestran, más se agitan, más tácticas nuevas ensayan, más se acaloran, más delicada sensibilidad manifiestan; como lo prueba la desazon, el sentido y angustioso tono de su último documento. ¿No es cierto que al principio de la interinidad estaban ustedes ménos activos que ahora, y veían consumarse los hechos con cierta calma que tiene mucha semejanza con la indiferencia de aquellos que, creyendo seguro lo suyo, no se curan para nada de los otros?

¡Oh no, mil veces no! Desechen ¡oh firmantes! todo recelo; aunque el cáncer nos royera cien años, ni ustedes caerían en el indiferentismo, ni los republicanos en el descreimiento; de ello respondería yo con mi cabeza.

Me hablan Vds. del «veto que parece ya deliberado y sistemático, opuesto á la oportuna realización del primitivo y genuino pensamiento de la revolución de setiembre,» y me obligan Vds. á exclamar involuntariamente: ¡cielos!

Miren Vds. que del modo que Vds. dicen las cosas no les va á comprender casi nadie. Porque la revolución de setiembre no pudo, ni podía, ni debía hacerse más que para entronizar los derechos individuales y las libertades públicas, y esos derechos y libertades escritos están en la Constitución, y bien que mal se practican y van entrando en nuestros hábitos, á pesar de los resabios de ciertas autoridades y de la poca maña de ciertos ciudadanos.

El veto á que Vds. se refieren quizá se haya opuesto deliberada y sistemáticamente al entronizamiento de su candidato; pero, por amor á lo más sagrado, señores, el candidato de Vds. no pudo ser nunca primitivo ni genuino pensamiento de una revolución, ni ménos de la de setiembre.

Yo á lo ménos puedo decirles con completa lealtad que al arrostrar las persecuciones, los encarcelamientos, las calamidades todas que á mí y á mis amigos nos atraía nuestra oposición al gobierno de Isabel II (*cujus pars magna fuisset*), lo sufríamos todo por los derechos individuales, y lléveme el diablo si jamás se nos ocurrió la idea de que padecíamos nosotros para que un día se divirtiese el duque de Montpensier.

¡Ya la solté!

¡Imprudente!

No prosigo. Los respetos debidos á la desgracia me hacen soltar la pluma.

Ustedes, más discretos que yo, se han abstenido de estampar el nombre del objeto de sus ansias... Bueno es que yo aprenda de ese ejemplo.

Por lo demás, repito que el manifiesto, salvo leves lunares (el mismo sol tiene manchas), me ha gustado en extremo. En él he hallado la noticia, la advertencia de que van Vds. á trabajar aun más que hasta ahora... Bien.

El documento encierra el deleite unido á la enseñanza:

«*Lectorem delectando pariterque monendo.*»

¡Otra vez, gracias!

Roberto Robert.

UNA DE DOS...

Ahora sí que ya no sé por dónde ando, ni quién soy, ni en qué país vivo, ni nada de lo que acontece en el mundo á que (al parecer) pertenezco.

Yo me creía federal y estaba convicto de ello; pero no debe de ser así por cuanto no pertenezco á ninguna de las ramificaciones que el Tiro Nacional ha establecido.

Me creía demócrata republicano y los periódicos progresistas me dicen que estoy en un error porque solo soy un terrible demagogo, ¡y eso que no gasto barba corrida!

Me creía también—¡cuando digo que no sé lo que soy!—me creía, repito, hombre de sentimientos elevados, humanitario, amigo de mis conciudadanos, hermano de todos los hombres, etc., etc.; pero tampoco debe de ser así cuanto que la diplomacia europea entiendo que sobre la humanidad, sobre la paz y sobre los sentimientos de justicia está el interés monárquico, el derecho de las dinastías y el torcido de la guerra.

Ahora bien, ¿quién me compra un lio? Porque una de dos, ó soy republicano y hombre de orden, ó no lo soy. ¿Hay quien me saque de dudas?

Y por la misma razón, es decir, por igual lógica, ó la guerra contra los franceses es natural y justa, ó no es nada de esto. ¿Convendremos en algo?

Destruído el imperio y dispuesta Francia á ajustar una paz, ¿qué buscan ya los alemanes? ¿Destruir la Francia? Sería una loca barbaridad. ¿Apoderarse de lo conquistado? Otra barbaridad. ¿Restablecer otra vez á Bonaparte para jugar al quita-y-pon? Varias barbaridades.

Pero la diplomacia europea ha ofrecido intervenir en cuanto hubiera ocasión favorable para evitar tan desastrosa guerra, para restablecer la paz, para devolver al comercio su animación, para restituir á la industria tanto brazo ocupado con el fusil, para varias cosas más... y bien, ¿por qué no interviene?

¿Se compondrá la diplomacia de una colección de aduladores de los tronos? No puede ser; ¿qué representación más autorizada que la de una nación? ¿Qué intereses hay superiores á los de los pueblos?

¿Será la diplomacia, como los padrinos de un duelo á muerte, la encargada de recoger los cadáveres? ¿Le estará prohibido intervenir en favor de la paz?

¿Hay, por fin, quien pueda sacarme de tan terribles dudas?

Algo se me alcanza, sin embargo, del obstáculo en que debe tropezar el *buen deseo* de la diplomacia.

Trátase de sacar de entre las garras de Bismark una nación que es, pongo por caso, como si á media noche hubiera quien tratara de salvar de un escollo callejero á una persona. Vds., los otros, yo, cualquiera pegaría un trazo al opresor y devolvería su acción propia al oprimido.

Pero ¿la diplomacia? ¿Hacer esto la diplomacia europea? Vamos, sería indigno de su talento, de su juicio, de sus intereses...

Por eso se mira más en el asunto, y le escudriña, y se dice: «¿Quién es el opresor? ¿Bismark? Está bien; ¡hay que tener presente que Bismark es un gran hombre.—¿Quién es el oprimido? ¿Napoleón? No. ¿El pueblo francés? Sí. ¿Con gobierno? Provisional. ¿Monárquico? ¿Orleanista? No, no, republicano.—¡Ah! entonces es imposible intervenir. ¡Si el republicano fuera el opresor, intervendríamos! ¡Si fuera África la oprimida, intervendríamos! ¡Si fuera Rusia, intervendríamos! Pero ¿Francia? ¿Republicana? ¿Disponiendo de sus destinos? ¡Oh, nunca! ¡*Non possumus!*»

Después de estas reflexiones, voy viendo algo más clara la cuestión esta, aunque no haya adelantado nada en lo relativo al pontificado ni al Tiro Nacional.

De mis observaciones resulta:

Que los republicanos no debemos ser hombres, puesto que no se nos conceden los derechos humanitarios á cuyos beneficios todos tienen derecho.

Que los monárquicos son los barateros más rampones que se conocen.

Que el demócrata que defiende los intereses de la monarquía es como el ratero que, vestido de señorito, toma cucharillas en los cafés.

Que la diplomacia es una archicofradía de vagos que cobran suéldos atroces para darse lustre y hacerse los importantes.

Y que los reyes deben extinguirse con preferencia á la langosta, á la fiebre amarilla y al hambre. ¡Manos á la obra!

¿Quiéren Vds. ahora una receta para conocer á los hombres políticos?

Supongamos que un anciano pega en la calle un tropezón y se cae.

El neo-católico se acercará refunfuñando un Padre nuestro, levantará al caído y le preguntará si es liberal. Si le contesta afirmativamente echará á correr como un desesperado.

El monárquico-liberal preguntará al que yace en tierra: ¿Es Vd. monárquico de buena fé? Si dice que no, ó no contesta, le dejará en el suelo.

El republicano se acercará al desgraciado, le levantará y se marchará sin aguardar las gracias.

¿Se olvidarán Vds. de que la diplomacia europea es liberal y monárquica? Por eso corre tan despacio á poner fin al conflicto franco-prusiano.

Ahora averigüemos si yo soy ó no republicano-federal.

Pues señor...

Z.

EL VIAJE REVOLUCIONARIO.

I.

Era el 29 de setiembre de 1868.

El tren de la revolución se componía de algunos coches de 1.^a clase, muchos de 2.^a y un sinnúmero de 3.^a

La máquina silbaba, rugía, bramaba, chillaba, rugía otra vez, y la gente se precipitó á los coches.

Algunos quedaban en el andén y pedían á grandes voces que se les dejara tomar asiento; pero el maquinista no pudo ya detenerse á la mitad del movimiento, y la máquina partió á todo escape.

Iba á la revolución, sin parada alguna y á todo vapor: viaje excepcional que por sus ventajas había justificado el aumento de precio impuesto á los viajeros.

Iban todos contentos con la dulce esperanza de no detenerse hasta el último límite del país de la libertad.

La máquina volaba.

La gente iba cantando.

Todo el día anduvo el tren como una saeta. Vino la noche, y en medio de un páramo se nota cierta lentitud, luego más lentitud aun; se asoman admirados los viajeros á las ventanillas, para el tren, y en medio del silencio y la oscuridad grita una voz gangosa:

—¡Montpensier! ¡Treinta minutos!

II.

¡Qué silba, qué gritería, qué pataleo hubo entonces en toda la línea del tren!

Las injurias y las amenazas diluviaron sobre la empresa de la vía, sobre maquinistas y conductores.

—¡No queremos parar!

—¡No cabe nadie más!

—¡Adelante, maquinista!

—¡Suelta ese freno!

—¡Esto es un engaño! ¡Que nos devuelvan el dinero!

Sonó la campanilla de la estación; sonó un pito y la máquina echó un resoplido.

Un pobre viejo acertó á decir entonces:

—Sin embargo, si nos detuviéramos á descansar...

—¡A descansar el que va sentado!... ¡Oh nécio!

Y la máquina con su natural estrépito volvió á partir velozmente.

Asomó el día y el gozo había vuelto á todos los semblantes.

Corría, volaba todo; el tren adelanta sin parar, y casas, árboles, postes, campos y villas pasaban hácia atrás rápidos como exhalaciones.

Sin embargo, al llegar la noche, nueva parada.

—¿Será para tomar agua?

—¿Será para pedir carbon?

—¡Habrá habido algun desperfecto!

La voz gangosa se levantó y dijo:

—¡Braganza! ¡Cinco minutos!

Nueva rechifla, nuevo escándalo en el tren. Repetición de injurias, clamoreo universal.

El conductor oía impasible.

Volvió á sonar la campanilla y volvió á sonar el pito, y la máquina, dando un bramido, arrancólo mismo que las otras dos veces.

III.

La noche se pasó refunfuñando los viajeros. Unos proponían apearse todos, si volvía el tren á detenerse, otros aconsejaban reclamar daños y perjuicios al fin del viaje. Quién era de parecer de apoderarse del maquinista, y poner en su lugar á uno de los viajeros de confianza...

Al cerrar la noche hubo otra parada.

—¡Génova, medio minuto!

—Esto es una burla, gritaban unos; esto es una infamia, decían otros.

—¡Perdemos el tiempo en estaciones sin importancia, y así como así no sube nadie!

EL PODER EN ESPAÑA.



AYER, HOY Y MAÑANA.

COCODRILOS.

Vea Vd. lo que son las cosas.

Desde esta modesta posición que ocupo en el tercer tercio del siglo XIX, compadezco yo á todas las generaciones venideras.

Ellas serán (no hay que ponerlo en duda) activas, inteligentes, trabajadoras, democráticas... pero ¡oh, serán desventuradas! Yo lo presiento.

No conocerán los partidos monárquicos, que son nuestra delicia; no tendrán generales valientes que se asusten de la icteroides; no conocerán militares de alta graduación que escriban gacetillas, ni demócratas que adoren la monarquía, ni...

¡Demócratas que adoren la monarquía! ¡Cuánto se deplorará en lo venidero la extinción de esta raza!

En cuanto á nosotros, somos completamente felices con esta clase de políticos á la moda.

Véalos Vd., luchan por convencernos de la utilidad de los tronos. ¿Ellos cejar de su empeño? ¡Bobería!

Hicieron una monarquía á gusto de todos, con derechos individuales y con atributos monárquicos, con libertad de imprenta y con trono, con libertad de reunión y con delitos políticos, y ¡desventurados! ni están de acuerdo para personificarla, ni nosotros conformes en aceptar los reyes que eligen.

Así es que el juego se convierte para nosotros, los demagogos, en chistoso; para ellos, los hombres de orden, en desgraciado.

Piensen en un rey, le hablan, acepta como es natural, y le sueltan por esos mundos. Entonces le acometen ellos mismos y le encuentran débil unos, jóvenes otros, protestante los de acá, católico los de allá... y cuando llega á nosotros viene tan despedazado, que

apenas si le conocemos y nos queda rey para reirnos. Despedazado este, vuelven á otro, y el juego se repite.

De este modo han pasado como cosa de una gruesa; de esta manera han fenecido destrozados en manos monárquicas los Coburgo, los Génova, los Aosta, los Hole-hole... ¡y así acabarán todos!

Pero nosotros tan olvidados estamos, tan alejados estamos de los antropófagos monárquicos, que aun no hemos alcanzado para saciar nuestra famélica ansiedad ni un rey completo, ni un candidato intacto, ni un aspirante al trono que no le falte alguna pieza.

¡Si pudiéramos coger al que se preparen á devorar ahora!

Porque ahora se disponen á comerse otro. Hace tiempo que no pensaban en tal cosa. La guerra los habia distraído, y por otra parte era preciso ver cómo venia rodada la bola.

Ahora ya pueden ocuparse otra vez de buscar un rey. Se sabe que Prusia sigue triunfante su marcha; se dice que no consentirá se consolide la república, y hay, por lo tanto, que demostrar que no se tiene miedo á Prusia. ¿Cómo? Trayendo otro candidato á la palestra, y para mayor desinterés un candidato prusiano.

El príncipe Federico Carlos.

Se cree que este sugeto será de difícil digestion para la gente del art. 33.

Dicen que tiene los huesos duros, que es matón, que gasta patillas, que está bien educado; condiciones todas que le hacen temible á los monárquicos pacatos.

Pues bien; nosotros reclamamos al candidato nuevo; que nos le entreguen; que se nos permita siquiera

Algunos se lanzaron á la via para exigir justicia y fueron desgraciadamente aplastados por la máquina.

IV.

El viaje, sin embargo, proseguia del mismo modo. Cada noche, cuando el pobre viajero no veia dónde iba á desnudarse si bajaba del coche, paraba el tren y se oia:

- ¡Aosta, cuatro segundos!
- ¡Hohenzollern, dos segundos!
- ¡Sinforoso, un segundo!
- ¡Capistrano, medio segundo!

Y siempre uno ú otro burlon salia intempestivamente gritando:

—¡Montpensier, un semestre! — ¡Montpensier, un bienio! — ¡Montpensier, diez años y retención!

Los viajeros fatigados, aburridos y echando tacos se mordian los labios y se las juraban al autor ó autores de aquellas insolencias.

Un pobre necio se atrevió á decir:

—Para eso más valdria que volviésemos á la primera estacion y bajáramos todos allí.

—¡Cómo, parar en Montpensier! gritaron los demás, después de lo que llevamos andado propone Vd. volvernos?

No sé cómo no lo pasó mal, segun se mostraron de irritados sus compañeros.

En medio de la disputa volvió á echar á correr la máquina.

V.

Dos años han trascurrido. Y todavía anda.

Roberto Robert.

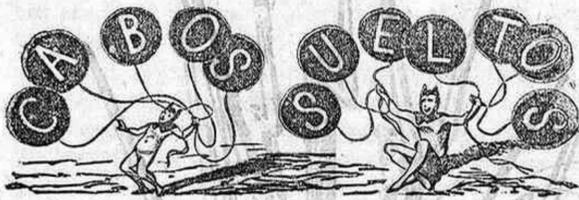
por esta vez paladear manjar tan sabroso. ¡Lo reclamamos con justicia! ¡Me parece á mí!

En cuanto á los realistas de la democracia, ¿qué más méritos necesitan para conquistarse un puesto entre los individuos de la escala zoológica? ¿Cómo no han de admirarlos nuestros descendientes?

Ellos, como los cocodrilos, lloran por la libertad despues que la devoran en sus festines monárquicos.

¡Que estos buhos hayan de desaparecer! ¡Que las generaciones venideras tengan que resignarse á no conocerlos!

CORZUELO.



El sufragio universal en Roma ha dado 40.805 votos afirmativos contra 46 negativos al tratarse de la unidad de Italia.

Ni siquiera han votado en contra los lacayos del Papa.

Digan Vds. luego que los romanos son papistas. Y no vale afirmar que las tropas italianas influyen. Y si no, que haga la prueba Bismark en la Alsacia y la Lorena.

Que se encomiende al sufragio universal á pesar de tener allí sus tropas y verá el petardo que se lleva.

Habla en su última hora *El Puente de Alcolea* de la reunion que hubo en casa del regente.

Dice que allí se veían todos los hombres políticos de Madrid, y que Topete, Sagasta y Romero Ortiz discutían acaloradamente llamando la atención de todos.

Verdaderamente no sé cuál será mayor imprudencia, si la de esos señores que van á discutir acaloradamente á casa ajena, ó la de un periódico de orden que se lo cuenta al público.

Bien que si los periódicos de orden no se ocuparan de esas cosas, ¿quién los había de leer?

Por fin hemos encontrado un hombre para intendente de Cuba.

Es el Sr. D. Servando Ruiz Gomez. Tiene talla para eso y para mucho más.

Mientras por un lado se viene á pedir indulto para los carlistas sentenciados, por otro se conspira para sublevarse de nuevo.

Por eso dijo Jesucristo: «Que no sepa tu mano derecha lo que hace la izquierda.»

En Lyon se entretienen los republicanos, espantoso entretenimiento, en trazar cruces negras, rojas ó blancas en las puertas de algunas casas.

No es posible vivir de este modo. ¡Qué inmoralidad!

El gobierno inglés se manifiesta resentido por el escaso aprecio que de su mediación ha hecho Prusia.

En vista de lo cual, parece que Inglaterra ha decidido no hablar más del asunto.

Es lo más prudente. Así habrá paz, como dijo el otro.

Inglaterra por esta vez ha sido el *temeron* que describe Cervantes.

Caló el chapeo, requirió la espada, miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

El catedrático de la facultad de ciencias de la Universidad, Sr. Sinovas, ha sido este año el encargado del discurso inaugural.

¡Y qué discurso, válgame Dios! ¡Quién pudiera entenderlo para gozar con él! Hé aquí un párrafo:

«En cambio, seguid con atenta mirada al fuego sagrado del espíritu concentrándose, para convertirse en latente ó escondido en la inteligencia de los siglos á que me refiero, que sin llama ostensible ó juguetera, siguió en ello dando vida á los tallos del acanto que pronto se llenarian de hoja, hasta cubrir trepadores el inmenso capitel corintio sobre la frente de la grandiosa estatua tallada por las manos y la ciencia inmensa del Creador.»

¡Ah, yo desfallezco!... ¡Socorro!

Voy á decir á Vds. en confianza que en la almoneada de muebles de Guerrero, calle del Caballero de Gracia, hay cosas muy elegantes, muy bonitas y muy baratas.

No decirlo á nadie, y aprovechémonos de la ganga.

La Iberia está fuera de sí. Según una carta que ha recibido de Lyon, allí sigue enarbolada la bandera roja.

De suerte que aquello es un infierno.

El Diario de Bruselas aconseja á los católicos de todas las naciones que protesten de lo ocurrido en Roma.

Hombre, si, me parece bien que protesten y... que bailen.

El sábado se verificó la apertura del teatro Español, apertura que—como en anteriores años—fué una verdadera solemnidad literaria.

El socorro de los mantos, comedia de nuestro glorioso é inimitable teatro antiguo, fué la elegida para esta funcion inaugural, y así la eleccion como el desempeño merecen nuestros plácemes.

Amantes nosotros del arte y aficionados á lo que es bueno, no hemos de escatimar los aplausos á la empresa, que con tanto acierto inicia sus tareas.

Algunos espectadores pidieron al final que saliera el autor.

Este fué el único incidente digno de censura en toda la funcion.

Afortunadamente Mariano Fernandez les sacó del limbo, diciendo que su autor no se hallaba en el teatro... porque había muerto hacia cerca de doscientos años.

—Entonces que no salga, añadieron algunos *guasones*.

Tan confundidos andan los reaccionarios que ya no se distinguen unos de otros.

Hace tres dias apareció en *La Política* un artículo que se había escrito para *La Regeneracion*.

El mismo corte, igual forma, idéntico fondo: neo-católico puro.

Se titulaba *El Consistorio*.

Vamos, con franqueza, ¿á que estaba escrito para *La Regeneracion*?

Que sí.

Los diarios neo-católicos y *La Política* pretenden, y no carece de gracia su pretension, que los que no profesan la religion católica, apostólica, *leonina*, contribuyan al sostenimiento de los maestros, pero sin intervenir para nada en la educacion que esos maestros han de dar á los niños.

Si, precisamente; esta es la consecuencia necesaria del artículo constitucional que me manda, á mí, enemigo del catolicismo, contribuir al sostenimiento del culto y clero católicos.

Parece, según dice un diario noticiero, que un escritor *católico* muy conocido se propone escribir una *novela*, cuya accion abarca el pontificado de Pio IX.

Estos católicos están dados á Barrabás. No, y es que, bien mirado, la vida aventurera y azarosa del Pontífice caído se presta al interés de las obras novelescas.

Pido un aplauso para ese católico.

Se ha declarado una epizootia entre los rebaños destinados al alimento del ejército prusiano.

¿Epizootia dijiste?

Ahora comprendo los rumores de que el rey de Prusia regresaría á Berlin.

A la comida de niños que se verificó en la regencia asistieron, según dice un diario, entre otros, los del general Prim, los de los Sres. Silvela, Muñiz, Pinedo, y, *por supuesto*, los de S. A.

Hombre, es claro.

¡Cómo se precipitan los acontecimientos! En pocos dias el segundo Terso ha combatido en pro del soberano Pontífice, ha caído preso y ha marchado á reunirse con su esposa.

¡Cuántas penalidades en tres dias!

El Sr. D. Servando continuará al frente del gobierno de Madrid algunos meses, á pesar de haber sido nombrado intendente de Cuba.

Yo no sé por qué sucede esto, pero me alegro.

Así podrá pasear por Madrid alguna noche *solo y á pié*, como en otra ocasion ha hecho con grande admiracion de todos.

¡Redios con las conferencias!

Atiendan Vds. á estas noticias de *La Correspondencia de España* del domingo y el lunes:

«El gobernador de Segovia pasó ayer á cumplimentar al regente.»

«El Sr. Abascal ha acompañado al regente.»

«El regente ha almorzado con el presidente de las Cortes.»

«El Sr. Rivero ha salido á la estacion á esperar al regente.»

«El Sr. D. José Olózaga ha conferenciado largamente con el regente.»

«Esta noche comen con el regente el ministro de la Gobernacion y su hija, y el gobernador de Segovia.»

«Hoy ha estado conferenciando con el regente el señor ministro de Estado.»

«El Sr. Silvela ha estado hoy á visitar al regente.»

Pero aun cuando el regente no hiciera más que conferenciar, le ¿quedaria tiempo para rascarse?

A bien que no es él quien necesita el tiempo para eso, sino nosotros.

¡Me suscribo!

¿Pues no he de suscribirme?

Se anuncia la publicacion de las biografías de los cardenales.

En esta obra se ha de referir la parte hazañosa del P. Cirilo en la guerra civil.

¡Se ha de expresar qué cardenales se han abstenido de votar ó han votado en pro en lo del reciente plebiscito!...

¡Vaya si me suscribo!

El Papa ha dado su beneplácito á los italianos para que ocupen el castillo de Santángelo.

No: lo que es amabilidad siempre la ha tenido, eso sí.

Si se empeña en que no ocupen...

¡Aun no tenemos rey (ni lo *premita* Dios!) y ya tenemos teatro Real!

Un diario montpensierista nos comunicó la existencia de un teatro Real que ha de abrir sus puertas con *Matilde di Shabran*.

¿Si lo habrá equivocado con el teatro de la Opera, que nos cuesta el dinero á todos los que no somos ni hemos sido ni hemos de ser reyes?

Inglaterra y Prusia, dos pueblos protestantes, ofrecen hospitalidad al Papa católico.

Desengañarse: lo primero es tener una posicion social; despues todo se viene á la mano.

Pepe-Hillo... toros, toreros, manolas, chulillos hechos de suripantas, un lego, unos estudiantes, muchos pobres...

Esta es España, la España de mis mayores. Religion hasta la hipocresía, ilustracion hasta el chuleo, libertad hasta el bolero y el fandango, letras hasta la Jota...

Si, esta es España...

Un argumento del que puede decirse que se emboza y vaise; unos versos fáciles y graciosos; unos cuadros muy bien pintados; trajes de muchos colores; seda y grana por todas partes.

¿Cómo no ha de gustar esto? Me parece que tenemos *Pepe-Hillo* para una temporada.

Nota.—En el tercer acto *sale* la Plaza de Toros y hay corrida.

¡Dios poderoso! ¡Resolver el problema de que tambien haya toros en invierno!

¡Oh! ¡Arderius se va á hacer inmortal!

Se va á publicar *La Semana católica*.

¿Cuántos dias tendrá?

CHOCOLATES DE MADRID.

COMPANIA COLONIAL.

FÁBRICA MODELO FUNDADA EN 1854.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.

CAFÉS Y TÉS SUPERIORES

Depósito general, Mayor, 18 y 20.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.